1
232990

LA NOVELA PASIONAL

SEVERO MORALES

La Manolito



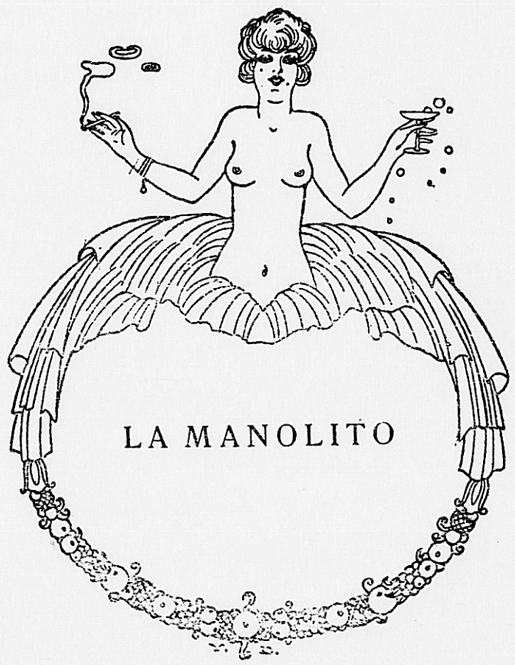
BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

30 CENTIMOS
PRENSA MODERNA

© Severo Morales

1

232990



LA MANOLITO

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

47/150324

NOVELAS ERÓTICAS

PRENSA MODERNA se encarga de servir toda clase de obras, previa remesa de su importe, más 0,50 pesetas para gastos de envío certificado, por giro postal, cheque o en sellos de Correos.

R. LÓPEZ DE HARO

Un hombre solo. . . . . 5 ptas.

PEDRO MORANTE

La Vampiresa (2.ª edición). . . . . 5 »
I. Confesiones de una lesbiana. . . . . 5 »
II. Las infidelidades de Lolita. . . . . 5 »
La rebelde Clotilde. . . . . 5 »
Los ojos brujos. . . . . 5 »
Pasión. . . . . 5 »
La de los cabellos blancos. . . . . 5 »

GASTÓN PICARD

Las voluptuosidades de Mary. . . . . 5 »

ERNESTO FEYDEAU

Memorias de una mujer de mundo. . . . . 5 »

LUIS LEÓN

La [illegible] manda. . . . . 4 »
[illegible]orias de la clase media. . . . . 5 »
[illegible]as aen. Dos series, a. . . . . 5 »
[illegible] redentor (2.ª edición). . . . . 5 »
[illegible]» de casas «mal» (2.ª edición). . . . . 5 »
[illegible] de los buenos. . . . . 5 »
[illegible] de casas «bien». . . . . 5 »

PÍDASE CATÁLOGO A

E N S A M O D E R N A

APARTADO 8.012

M A D R I D

R. 3218101



LA NOVELA PASIONAL

Severo Morales.

LA MANOLITO

NOVELA

Ilustraciones de I. Durán.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL



Año III

N.° 64

PRENSA MODERNA

MADRID

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

La última voluptuosidad

POR

ALONSO DE SANTILLANA

IMP. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. MADRID

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Era ya más de media noche cuando la deliciosa andrógina penetró en el Colonial. Sus ojos negros, vivos, aureolados de livideces, investigaron descaradamente el salón en busca de alguien. Erguido su cuerpo menudo y flexible, lleno de vivacidad, con sus finas pantorrillas descubiertas bajo la vaina de seda color paja, y sus piececitos montados sobre el coqueto pedestal de unos zapatos de alto tacón, parecía más esbelto.

Un mocito de aire decadente y rostro vicioso, reclinado indolentemente sobre el respaldo del asiento, sonrió a la muchacha. Pero la Manolito pasó por sobre la sonrisa con la indiferencia de un ave que, hacia su nido, cruza un arroyuelo.

Desde el fondo del café, un busto femenino, "de melena recortada" y carita de tobillera voluptuosa, se irguió y sonrió también a la Manolito.

Esta vez en el rostro de la exquisita andrógina se bocetó un rictus de acogimiento, prestamente desvanecido. No era a la sonriente mujercita a quien la Manolito buscaba.

Como un camarero pasara en aquel instante junto a ella, la Manolito le interrogó en un rápido diálogo:

—Oye, Paco: ¿no ha venido Sarita?

—No la he visto. Pilar, sí. Allí la tienes.

—Ya.

Y como dando a entender que la tal Pilar la tenía, por el pronto, sin cuidado, la Manolito giró prestamente, en un desdén de todo su cuerpo, hacia los contertulios del café y salió.

Fuera, en la calle, hacía frío. Embutida en un débil abrigo, la muchacha caminaba airosamente, como desafiando la baja temperatura, moviendo ambiguamente su cuerpo recto, casi sin prominencias...

Frente al café de Correos, la Manolito se murmuró:

—¡Sí, a lo mejor se le ha ocurrido a ésa entrar aquí!...

Y penetró en el café, recorriendo la amplia sala con segura presteza y ojos escudriñadores. Si algún hombre la sonreía o la invitaba a su mesa con un gesto de acogimiento, la mueca desdeñosa de la muchachita era un no ha lugar contundente, sin réplica.

Tampoco se hallaba Sarita en el café de Correos. Y la Manolito le abandonó, echando seguidamente Preciados arriba, con dirección al Forteen, último lugar público donde tenía probabilidad de encontrar a la que con tanto ahinco buscaba.

El Forteen, en aquella noche de sábado, se hallaba bastante concurrido. Una verdadera legión de tanguistas iba de un lado para otro, engatusando con su feminidad, un tanto ligerita de ropa, la sensual codicia del sexo opuesto.

Cuando la Manolito penetró en el *dancing*, la orquesta ejecutaba, en medio de una alegre algarabía, un popularísimo *fox*. Los ojos de la muchacha bucearon entre el remolino de las enlazadas parejas. El gesto de desaliento que en su rostro se bocetó fué claro indicio de lo inútil de su búsqueda. Iba ya a girar hacia las mesas, casi desiertas en aquel instante, cuando se sintió bruscamente aprisionada por un cuerpo femenino, que se ciñó al suyo como la trepadora al árbol, mientras unas manos tapaban sus ojos y una voz fingida, de falsete, la murmuraba:

—Si aciertas quién soy, te daré...

Bajo la venda carnal y perfumada, la Manolito interrumpió sonriendo:

—¿Qué?

Al oído de la aprisionada, la aprisionadora susurró:



Y salió del café, desdeñosa.

—Un beso.
—Mercedes.
—No.
—Concha.
—No.
—Mónica.
—No.
—Pues... ¡no sé!

Libertando a la aprisionada con brusco movimiento, enfrentándola y besándola en un beso de estampido, como taponazo de botella de champán, la aprisionadora exclamó contra la boca de la Manolito:

—¡María Luz, tonta!

Y tras la pausa que siguiera a la viva escena:

—¡Cómo no has podido reconocerme! Yo te hubiera reconocido entre mil. Mi carne hubiese ido a tu carne, y mi alma a tu alma, a pesar de todas las vendas que en mis ojos pusieran...

Sin que el incidente alejara de su pensamiento la idea que en aquella noche la animaba, la Manolito preguntó a María Luz:

—¿No ha venido Sarita por aquí esta noche?

Despechada, María Luz repuso secamente:

—No.

Y tras un amargo silencio:

—¡Ingrata!

La Manolito se encogió de hombros en un movimiento de coqueta resignación. María Luz, a

quien la presencia de la exquisita andrógina despertara sus inclinaciones lesbianas, propuso:

—Mira: repiten el *fox*. ¿Le bailamos?

Sin palabras, la Manolito ofreció su cuerpo en cruz a su amiga. En el *pêle-mêle* de carne en celo, la pareja se hundió en un culebreo voluptuoso, que marcaba la cadencia de la orquesta.

María Luz era tanguista. Rubia, de senos menudos y cuerpo flexible, encarnaba el tipo moderno de la mujercita que hallamos una y otra vez en los figurines de modas, en los dibujos de las novelitas galantes, en los *dancings* y en los paseos.

María Luz no fuera al *cabaret* en pos del hombre, sino tras la mujer. Amaba ella lo femenino sin saber cómo, en un impulso de su ser hacia lo suave y delicado, que no hallaba, por más que se esforzaba, en el sexo opuesto. Huérfana, sin aceptar la tutela de unos tíos, poco entusiasmados, por su parte, con la carga que de repente se les vino encima, María Luz se proclamó independiente, anhelosa de vivir su vida, una libre vida en la que el hombre no figuraba para nada y en la que proclamara reina absoluta a la mujer.

Fué la Manolito su primera conquista, su primer amor, el desgarramiento de su manto de armiño tras el que la Sensación apareciera esclavizadora y soberana. ¿María Luz en la vida de la Manolito? Una mujer más supeditada a su vicio lésbico. ¿La Manolito en la vida de María Luz? El primer

amor, y con él, la idea exclusivista de todo enamorado, que la enamorada de todas las mujeres no pudo aceptar.

Juntas las caras, unidos y palpitantes los cuerpos, María Luz y la Manolito bailaban. Ondulaban en silencio, en una reconcentrada lascivia en que sus sexos, a través de la levedad de sus vestidos, conjuncionábanse a veces, cuando el ritmo de la danza era un suave y voluptuoso vaivén...

Las piernas de la Manolito se hundían entre las de su pareja en audaces acometidas que María Luz acogía suspirante y voluntariamente, entrecortada la respiración, ardientes las pupilas, que se clavaban en la blanca piel de la Manolito, abrasadoras y penetrantes...

Quedo, muy quedo, besando al propio tiempo el lóbulo de la oreja de la Manolito, María Luz murmuró:

—¿Me quieres aún? ¿Dí? ¿Me quieres... como aquel día?

La Manolito no contestó. Si sus sensaciones, bajo el contacto del cuerpo femenino que contra ella se aplastaba, hallábanse despiertas, su alma estaba lejana, su alma seguía aún en pos de la mujer a que verdaderamente amaba la deliciosa andrógina por el momento, carnal y espiritualmente, con toda la furia de su ambigüedad, con toda el ansia de su carne descarriada.

Contestó empero:

—Eres siempre una linda muñequita para mí, María Luz.

—Pero... ¿me quieres? ¿Me quieres tú?

Lejana y sonriente, como un don otorgado en indolencia y en añoro, la Manolito exhaló:

—Sí...

Terminaba el *fox*. Deshacíanse las parejas. Presurosa, con miedo en el balbucir, María Luz propuso:

—Tengo que dejarte. El dueño se ha fijado ya en nosotras. Pero...

Sobre la cintura de la Manolito, en la que el brazo de María Luz aún se apoyaba, hizo la tanguista una febril presión que parecía querer insinuar sin palabras la invitación que muriera a flor de labios.

—¿Qué?—interrogó distraída y ausente la Manolito.

—... puedo ir a tu cuarto... cuando termine aquí.

Sin el lenitivo de una dulce resistencia, la Manolito repuso:

—No.

—¿Por qué?

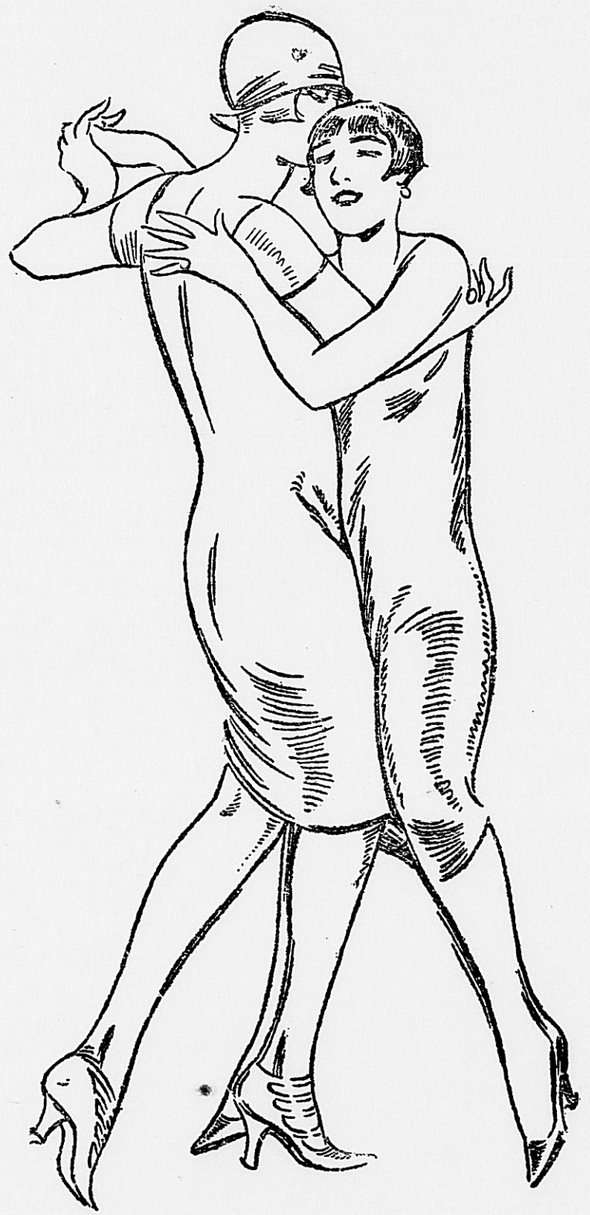
—Porque... no puede ser.

Y bruscamente luego:

—Me voy, chiquilla. Adiós.

Y como la Manolito se aprestara a alejarse, María Luz suplicó:

—¿No me besas siquiera?



La Manolito se hundía en su pareja.

Unieron sus bocas las dos muchachas. Entre los dos rostros se deslizó una lágrima, una gota de rocío, más bien. Los ojos de María Luz, llenos de tristeza, la parieran...

Luego, cuando la Manolito se halló nuevamente en la calle, deteniéndose bruscamente a pocos pasos del Forteen, dió unas rabiosas pataditas contra la acera y exhaló:

—¡La veré! ¡La veré! ¡Será mía esta noche aun cuando tenga que ir a buscarla al infierno! ¡Tengo unas ganas de esa muchacha!... ¡Ah, Sarita, Sarita! ¡Cómo me haces padecer!

Del bolsillito de su chaleco de fantasía, la Manolito extrajo con mano hábil un diminuto reloj. Murmuró:

—Las dos.

Y, seguidamente, se dijo:

—¿Y si, a lo mejor, Sarita está ya en su alcoba? Tal vez por ahí debiera haber comenzado a buscarla.

La Manolito fué ya derechamente hacia donde Sarita vivía: una casa de huéspedes de la calle del Pez en la que se alojaban varias muchachas de libre vivir, tanguistas en su mayor parte. Allí, precisamente, conociera la Manolito a María Luz antes que a la que tan obstinadamente buscaba ahora.

La abrió el sereno la puerta de la calle; pero no tuvo necesidad la sáfica mujercita de llamar

en el piso adonde se dirigía: en la casa de huéspedes de doña Angustias no había más que una sola llave para todos, discretamente colocada tras la hoja de la ventana de la cocina, al alcance de quien, conocedor del secreto, la buscara para penetrar en la casa.

La Manolito, que más de una vez hiciera uso de tal llave, se apoderó de ella con mano decidida y, como si penetrase en su propia casa, la hizo girar tranquilamente en la cerradura de la puerta y, una vez abierta ésta, se adentró en la vivienda.

En la casa todo parecía dormir. La Manolito no hizo girar la llave de la luz eléctrica del conmutador del pasillo: sin titubeo alguno sabía ir a todas las habitaciones de aquella casa. Con paso blando se encaminó a la alcoba de Sarita.

Al llegar junto a la puerta, un murmurio de frases precipitadas y quedamente exhaladas, como si fueran de labios a labios en un presuroso balbucir, detuvo a la Manolito.

En la sombra, su cuerpo tembló y sus manos se crisparon...

Sarita, en su alcoba, estaba con alguien, con un alguien cuyo sexo aun no delatara la voz muriente de la persona que gozaba voluptuosamente de la gloria de poseer el cuerpo maravilloso de Sarita, de besar la boca menuda y en pompa de la muchacha, su nariz coquetonamente respingoncilla, sus senos brevísimos y duros...

Una oleada de celos arrancó del pecho angustiado de la andrógina un gemido de dolor.

Las voces murientes de los que se amaban se alzaron entonces proclamando la doble victoria:

—¡Amor mío! ¡Sigue! ¡Sigue! No, no, no... Ya, ya...

—¡Bonita, bonita, bonita mía!...

La Manolito se llevó las manos a la boca para ahogar el sollozo que se le escapaba; luego clavóse furiosamente los dientes en los dedos hasta el dolor, murmurándose en tormento las palabras varoniles y amantísimas que acababa de oír:

—¡Bonita, bonita, bonita mía!...

Permaneció un buen rato allí, inmóvil, sin pensar en partir, como atontada, y sin fuerzas para penetrar en violencia vengativa en la alcoba donde parecía expirar, con la agonía de amor de la dichosa pareja, el más apasionado de sus sáficos entusiasmos.

Reaccionando de improviso, escupió su desprecio en un salivazo que fué a estrellarse contra la puerta entreabierta de la alcoba de Sarita. Luego murmuró:

—¡Un hombre! ¡Qué asco!

Iba ya la Manolito a retirarse, vencida, toda dolor, abandonando aquella casa, cuando, al pasar junto a la puerta de la alcoba de María Luz, una idea de reposo, de refugio donde cobijar su pena y su abatimiento, la subyugó.

Empujó suavemente la puerta de la alcoba de la tanguista y, en la sombra, junto al lecho, se desnudó vivamente.

Cuando se halló acostada, como una maldición que la persiguiera, volvió a repetirse:

—¡Bonita, bonita, bonita mía!...

Y luego:

—¡Con un hombre! ¡Con un hombre! ¡No cabe injuria mayor!

Después, el silencio, la fatiga de su correría, pesando abrumadoramente sobre ella, la vencieron. Un sueño misericordioso se la llevó al reino donde todo es iris.

Aquella madrugada María Luz, al terminar en el Forteen, tomó el camino de su casa, triste y meditabunda. Desde que la Manolito abandonara el *dancing,* la tanguista sintió en su alma un gran vacío. Su cuerpo corrió de unos brazos a otros, en el deslizarse de las danzas, solicitado por los contertulios del Forteen; pero fué un algo muerto que una fuerza material animase en movimientos y en cadencias. Su sangre, su espíritu, captados por una morbosa inclinación hacia la linda andrógina, no se animaban, no se encendían en sensualidad y en pasión.

Y dándose cuenta de ello, mientras en caricias furtivas sentía mariposear sobre sus senos y sobre sus deliciosas turgencias las manos varoniles de su pareja, la tanguista, en pensamiento y en deseo, se decía:

—¡Cómo la quiero! ¡Cómo! ¡Soy tan suya, tan suya, que por ella lo haría todo!

De la calle del Barco en que se hallaba el Forteen, a la calle del Pez, en que María Luz vivía, la distancia era muy exigua; sin embargo, en ella encontrara la tanguista, a pesar de lo anormal de la hora y lo corto del camino, decidido galán dispuesto a efímero connubio.

Contestó María Luz a la insinuación del pretendiente con un gesto de desprecio tan acerbamente sentido, que el noctámbulo no insistió más.

Subió María Luz las escaleras de su casa en lenta ascensión, sin que su desconsuelo la abandonase, fijo el pensamiento en la femenina y adorada imagen.

Penetró en la casa y luego en su habitación, sigilosamente, sin encender luz alguna. Iba ya a alargar el brazo con dirección a la llavecilla del conmutador, cuando el rumor de un suspiro la sobrecogió.

Prestamente, sin un grito, en un vago e irreflexivo impulso de esperanza, como si su alma hubiese presentido en el suspiro al alma hermana que la esperaba, María Luz hizo girar la llavecilla de la electricidad.

Sus ojos fueron seguidamente hacia el lecho, de donde el suspiro partiera. El cuerpo de muchacho de la encantadora andrógina se siluetaba en él en un bajorrelieve delicioso que modelaba la

colcha azul, de raso, y la sábana, por cuyo embozo se escapaba la rubia cabeza de la Manolito, con sus cabellos a lo garzona, que la hacían ahora semejante a un chiquillo.

Dormía la Manolito con tan profundo sueño, que la presencia de María Luz en la estancia, y la eléctrica claridad que en brusco baño fuera sobre su rostro, no lograron despertarla.

Cautelosa, con infinito amor, arrasados los ojos por lágrimas de ternura, María Luz se aproximó al lecho. Se dijo, transida de admiración y de amor:

—¡Cómo duerme! ¡Qué linda es!

Silenciosa y febril, temerosa también de despertar a la durmiente, María Luz comenzó a desnudarse, ávida de extenderse junto al cuerpo de la andrógina.

Se murmuró:

—Desnuda, enteramente desnuda, como ella me amara la primera vez.

Y así quedara María Luz a poco, en una arrogancia de sus esplendideces carnales, rósea, y tibia, y armónica de líneas y de turgencias como una venus infantil...

Sus senos menudos eran firmes, ligeramente morenos en sus remates, y sus pantorrillas, finas, tan elegantes y prietas como sus muslos gordezuelos. Bajo la luz, el femenino cuerpo era oro y

albura, ligeramente empañada ésta por la mancha triangular del vello del sexo.

La bienaventurada muchacha apagó la luz. Luego, en un sutil deslizamiento, se sumergió entre las sábanas, sin osar en el primer instante buscar contacto con el cuerpo de la Manolito, levemente encogido.

En la tibieza del lecho, la oleada de bienestar que recibió María Luz sobre su total desnudez fué como ráfaga de voluptuosidad que la empujara hacia la que se durmiera en pena e iba a despertarse en gloria.

Sin sobresalto, la Manolito volvió de su sueño para hallarse entre los brazos amantes de María Luz, junto a la su carne estremecida de anhelo, boca contra boca, vientre contra vientre...

Desfallecida, murmurante, temblando de dicha, mientras toda ella se apretaba contra el cuerpo de la deseada, María Luz murmuraba:

—¡Oh, nenita!... ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Voy a quererte!...

En la nueva aurora todas las negruras padecidas quedaron borradas en la Manolito para no pensar más que en poseer al cuerpo varonil que se la ofrecía con la diafanidad de una rosa en un amanecer de mayo. Sus manos corrieron a lo largo de la espalda del cuerpo que contra ella se apretara hasta detenerse en el delicioso altozano tras el cual los muslos nacían en un doble y ma-

cizo sustentáculo. Apretó la Manolito hacia sí el delicioso promontorio para que la unión entre los cuerpos fuera más perfecta, y besó largamente los labios que en caricia se le ofrecían.

—No contabas conmigo, chiquilla, ¿eh?

—¡Oh, no! ¡Venía más triste a acostarme!...

Mintió la Manolito:

—Ya ves: fué en la calle, al salir del Forteen. Pensé en lo mucho que me querías e ideé darte esta sorpresa...

—¡Amor mío!

—¡Riquita!

Juntaron sus lenguas. Ahora ya, sus caricias fueron más intensas, más lascivas. Se acariciaban en presiones nerviosas sobre los senos, cuyas puntas, con el roce obstinado, se enhiestaran; se besaban en ósculos húmedos que, a medida que se multiplicaban, crecían en violencia, transformándose en sádicas explosiones de un sensualismo exacerbado.

Y, de pronto, en ansia de placer, no pudiendo ya soportar el martirio de las caricias exasperadoras, el cuerpo ambiguo de la Manolito se alzó sobre el de su compañera, como en una cópula natural entre macho y hembra...

Unidas así, la Manolito murmuró:

—¿Eres mi mujercita adorada?

—Sí, sí...

—¿Y no querrás nunca a un hombre lo que a mí?

—Nunca.

Y tras el beso que sellara estas palabras, en el frenesí con que se conjuncionaban:

—¿Y tú? ¿Eres el hombrecito de mis ansias?

—¡Tu hombrecito soy, nena guapa! ¡Mira, mira cómo!

Sobre el cuerpo de María Luz la Manolito comenzó a agitarse en un ritmo sabio y voluptuoso que la tanguista acompañaba fervorosamente en una colaboración total de sus nervios y de sus músculos en ardiente vibrar.

Unidas las lenguas, acoplada la una en la otra en una presión violenta que, a medida que su sangre ardía, se iba exasperando más y más, de la lucha amorosa en que se hallaban empeñadas sólo se percibía un intermitente sollozar, que indicaba las espasmódicas sacudidas con que el placer se manifestara, y un dulce crujir del *sommier,* como si la cosa inerte, al impulso de las lesbianas, cobrara vida y sensaciones y exhalara a su vez la queja deliciosa de la voluptuosidad.

Fué María Luz la primera en desfallecer, transida de goce. Desbordada de alegría, de una alegría sin par que la invadiera alma y cuerpo, carne y espíritu, la bienaventurada en voluptuosidad gimió:

—¡Hombrecito! ¡Hombrecito mío! ¡Me matas, me matas, me matas de amor!...

En la sombra, el rostro de la Manolito sonreía, aureolado por la invisible luz de la victoria car-



Se amaron como hombre y mujer...

nal. Más que el goce propio importábale a la gentil andrógina el placer de su pareja. Sentirse prodigadora de dicha, como un hombre; verse amada con la pasión con que la hembra acoge al macho; triunfar en la convulsión voluptuosa con la misma supremacía con que el varón hace desfallecer de

delicia, bajo su abrazo, a la mujer... ¡Eso! Nada valía el propio espasmo en la Manolito junto a semejante victoria. Incapaz de sentir una pasión natural que la hiciese semejante a la inmensa mayoría de las mujeres, que ven en el hombre la meta de sus aspiraciones carnales, sin lograr nunca en sus lesbianos enlaces el goce que tan maravillosamente sabía prodigar, la Manolito hallaba su placer morboso en la culminación de la voluptuosidad que prodigaba, gozaba en ser igual al sexo opuesto, por el que sentía un odio inexplicable, que sólo podía nacer de la envidia, de no ser un hombre en todo, absolutamente en todo, y con iguales atributos varoniles...

Reaccionando, entre un beso de agradecimiento, María Luz murmuró:

—¿Y tú, nenita, has gozado mucho?

Lejana, volviendo de nuevo a su quimera, a la idea que la absorbía y la esclavizaba, a la mujer por cuya conquista hubiera dado toda su vida, la Manolito contestó:

—Sí, rica mía, sí...

Crepitó un beso largo, largo... Luego, los cuerpos, inmóviles, abrazados, esperaron el sueño. En el hondo silencio que se hizo se alzó a poco la voz de María Luz:

—¿Por qué lloras, hombrecito mío? ¿Por qué lloras? Cuéntame tus penas. Anda, dí...

Cruzaba Sarita la calle de Alcalá, frente a Fornos, bajo la municipal protección de un guardia de la porra, en un grupo de gente, cuando la Manolito la distinguió. De nuevo los autos y los tranvías se disponían a circular, cerrándola el paso; pero la andrógina, como un golfillo acostumbrado a sortear los peligros de la calle, cruzó casi al ras de los autos, reuniéndose prestamente con las últimas personas del grupo que acababa de trasladarse al otro lado de la calle.

—¡Sarita! ¡Sarita! ¡Chiquilla! ¡Eh!

Sarita, que iba a penetrar ya en Fornos, volvió la cabeza a tiempo que junto a ella, en unos cuantos brincos alegres, se colocaba la lesbiana.

Habló la Manolito en un precipitado fluír de frases como agua que se escapa de un canalón, en desbordamiento:

—¿Dónde vas, chiquilla? Parece como si me huyeses. ¡Te he buscado ayer!... ¡Oh! ¡Qué guapa estás! ¡Y qué mala eres conmigo! Ibas al café, ¿verdad? ¡Claro! Alguna conquista... ¡Algún tío! ¿A que sí? No me engañes. ¡Si yo sé que has de desengañarte! ¡Si tienes que caer en mis brazos muertecita de amor, tan muertecita como yo lo estoy por ti!

Ello fué susurrado quedamente, en un delicioso y pasional murmurio que Sarita escuchara sin enojo, más bien en pecadora que ve reprochada su falta.

Murmuró la deseada:

—¡Pues te equivocas, hijita! No me espera ningún hombre; vengo aquí... ¡Qué sé yo! Por venir, porque me aburría en casa y me eché a la calle, y de pronto me dió la idea de tomar un refresco.

—¿Entonces?

—¿Qué?

—Puesto que no te estropeo ninguna combina, refrescaremos juntas.

Sarita hizo un gesto de asentimiento y las dos muchachas penetraron en el café.

No hallaron sitio donde acomodarse independientemente. La Manolito tuvo una idea entonces, en su afán de aislarse con Sarita:

—Oye, ¿tú tienes mucha sed, verdaderamente?

—Mucha sed... no. Más bien era por refugiarme en cualquier parte.

—Mira. ¿Qué te parece? ¿Quieres que demos un gran paseo en auto? Podremos así hablar más libremente, estaremos mejor... ¿Quieres? Convido.

El auto era una debilidad de Sarita. Por ir en auto, más de una vez había soportado la muchacha lances a que de otra manera no hubiese sido accesible. Aceptó, entusiasmada:

—¡Colosal! ¡Bestial! ¡Brutal! ¡Cosa bárbara, chica!

La Manolito sonrió, radiante, feliz. ¡Oh, la anhelada mujercita! ¡Cómo iba enredándose en las sutilísimas mallas con que quería hacerla suya!...

La Manolito dijo al *chauffeur,* en cuanto hallaran el auto, a pocos pasos de Fornos:

—Mira: llévanos a la Cuesta, pero sin prisas.

Dentro del vehículo, Sarita sintió contra ella el cuerpo de su amiga, como el de un enamorado, y oyó la voz desfallecida de la lesbiana murmurar:

—¡Tengo más gana de ti, muchacha!...

Sarita sonrió, halagada, sin que su carne se estremeciese bajo la querencia. Rodeó la Manolito la cintura de su amiga, y la atrajo hacia sí en un pasional impulso.

—¡Bésame! ¡Dame tu boca!

Y como la Manolito se enardeciese y la besara furiosamente:

—¡Oh, mujer! ¡Déjame! ¡No te pongas así! Ya sabes que *eso* no me seduce. Una dulce amistad entre nosotras, si quieres, pero nada más.

Desbordante de ternura, con lágrimas en los ojos, arrollada por un morboso y ambiguo sentimentalismo, la Manolito suplicó:

—¡Déjame quererte como yo sé querer: con una amistad que es amor y locura! ¡Oh! ¡Cuán equivocada estás al creer que yo no puedo darte la suprema felicidad en amor! ¿Tú sabes lo que son mis caricias cuando yo quiero con toda el alma, con la furia de mi temperamento amante, como te quiero a ti? ¡Déjate querer, nenita; déjate querer!

Jamás se había expresado la Manolito con tanta emoción en sus lesbianos extravíos. Parecía amar loca, verdaderamente, en una gran pasión, como Pablo hablara a Virginia, con el fuego con que Marsilla debió expresar a Isabel cuánto la amaba. Y Sarita dejábase mecer por el dulce arrullo, contenta de ser amada... y de ir en auto. Pero la linda chiquilla no podía escuchar hasta el vencimiento la voz descarriada, porque su corazón era prisionero del hombre, de un muchacho todo juventud y entusiasmo al que ella se entregaba absolutamente, en una ofrenda de su noble y juvenil belleza hacia la más noble y joven de todas las sensaciones humanas. Y mientras, al propio tiempo, la Manolito con sus palabras y con sus caricias audaces pretendía captar la carne rebelde, el alma refractaria a sus arrumacos, Sarita pensaba en el amado, y recordaba sus caricias, y sentía que en su sangre comenzaba a arder la hoguera de la



—Morirás de dicha, nenita.

voluptuosidad, sí, pero para gloria y en holocausto del ausente...

Por entre los muslos de Sarita las manos sabias de la andrógina viciosa eran suaves y traviesas palomas que buscaban gozosas lo más íntimo

del delicioso cuerpo femenino para hacer allí su nido. Con las piernas ligeramente entreabiertas, sin resistencia, Sarita se dejaba hacer, ajena a lo que la rodeaba, con la vista perdida entre los árboles de la carretera de Puerta de Hierro, por la que el auto se deslizaba mansamente, a media velocidad...

—¡Te haré morir de dicha, nenita! ¡Te haré morir de una inmensa felicidad, Sarita, en cuanto seas mía! ¡De una felicidad como nadie te ha otorgado! ¡Te lo juro! ¡Bésame tú, adorada mía! ¡Bésame tú! ¡Oh! ¡Sólo me conformo con uno por cada cien besos de los que yo te dé!...

Todo era iris para Sarita: el recuerdo del amado, cada vez más vivo en ella; la sensación voluptuosa que su cuerpo experimentaba, que ganaba en intensidad a medida que las manos acariciadoras se obstinaban en lo más íntimo y sensible de su ser; la serenidad del paisaje que cruzaba, que la iba alma adentro junto con la puerilidad de ir en auto...

La Manolito, sintiendo desfallecer bajo sus caricias al cuerpo anhelado, suspiró su proposición:

—Esta noche... ¿Sabes? Puedo ir a tu cuarto...

Y como la acometida voluptuosa se producía entonces, haciendo gemir de delicia a la acariciada:

—¡Oh, nenita! ¡Nenita de mi alma! ¡Eres dichosa! ¿Verdad? Pues esto no es nada comparado

con lo que vas a gozar esta noche, cuando seamos la una para la otra como dos amantes; cuando... ¡Oh, nenita, nenita!... ¿Para qué evocar con torpes palabras lo que no tiene cantor posible? ¡Goza, nenita, goza!...

Y la caricia de la mano osada persistía, persistía, en una tenacidad que no pretendía vencer tan sólo la carne, sino también el espíritu...

En una exaltación de su organismo en fiebre, en voluptuosa locura, desfalleciendo enteramente bajo la intensidad del placer, Sarita balbució:

—¡Leandro! ¡Leandro de mi alma!...

Fué para la Manolito como una insuperable injuria, como si a su ternura hubiese contestado la enamorada con un salivazo de desprecio. Toda ella tembló de indignación y de ira. En sus ojos el amor se apagó para que el odio brillase intensamente. Y la boca que hasta entonces sólo exhalara lirismos y mimitos, arrojó:

—¡Asquerosa! ¡Golfa! ¡Golfa! ¡Se necesita ser cochina! ¡Querer a un hombre!

Luego, la Manolito rompió a llorar amargamente, con un infinito desconsuelo que Sarita, toda susto, no se atrevía a calmar.

El auto llegaba ya a casa de Camorra...

Fué luego, al regreso, en una melancólica conformidad por parte de la Manolito, cuando habló Sarita de aquel varonil amor al que tan en cuerpo y alma se entregara. Unidas las manos, como dos buenas y honestas amigas, en una reconciliación sin palabras que purificara su cariño, Sarita se confesaba con la que, por primera vez en su vida, se encontraba con una femenina resistencia más fuerte que sus viciosos arrumacos.

—Le encontré una noche en el Forteen. Estaba solo, en una mesa, aburriéndose. Todas le mirábamos, burlonas. ¿Aburrirse habiendo tantas mujeres allí? Margarita, la rubia del lunar, ¿sabes?, dijo:

—A ése lo que le pasa es que está boqueras.

Y reímos, aquiescentes. De pronto, a Juanita Mer se le ocurrió:

—Anda, María Luz. Acércate a él. Invítale a bailar. A ver qué pasa.

Yo protesté:

—¿Por qué no vas tú?

—¡Bah! Pues no me importaría.

Entonces, como si el hombre aquél estuviese escuchando el diálogo, miró hacia nosotras y nos sonrió.

—Está por ti—me dijo Juanita bromeando.

—No; ha sido a ti a quien ha mirado.

—El hombre se anima—dijo Margarita.

De pronto, envalentonada sin saber por qué, dije:

—¡Vaya! ¿Qué os apostáis a que me acerco a su mesa... y le conquisto?

—¡Anda, sí; anda, anda!—me animó Juanita.

Y me decidí. Me acerqué a su mesa, y no sin cierta emoción le hablé así:

—¿Usted no baila, joven?

Me miró sonriente un breve instante, recreándose en mí, sin contestarme. Al fin dijo:

—No. Temí que, al dirigirme a usted, no le hiciese gracia, la verdad.

—¿Por qué? Aquí todas las que venimos... bailamos con todo el mundo.

Suspirando, me contestó:

—¿Con todo el mundo? Pues es una lástima.

—¿Por qué?

—Porque yo no quisiese que bailara usted con nadie sino conmigo.

Aquellas palabras me sorprendieron. Eran un tanto románticas y muy poco... *cabaret*. Contesté:

—Es usted demasiado ambicioso.

Sin palabras ya para continuar el diálogo, se levantó y, abriendo sus brazos, me instó:

—¿Quiere usted que bailemos este *simmy?*

Sonreí y me dejé enlazar.

Bailamos sin palabras. Al desenlazarnos me dijo:

—Venga usted a mi mesa. ¿Quiere? La convidaré y, además...

—¿...?

—La diré una cosa.

—¿Qué?

—Allí se la diré.

Y cuando estuvimos instalados:

—Dígame lo que tenía que decirme.

—No me atrevo.

—Diga.

—Pues... tenía que decirla... que la quiero a usted con toda mi alma.

Reí.

—No ría usted. Cuando el amor se anuncia hay que acogerle, por el contrario, con toda solemnidad.

—¡Pero si usted no me conoce a mí, si...!

—¡Oh! Sí la conozco. ¡Más que usted cree! Yo

llegué aquí hace dos horas, alegre, decidido a divertirme. En cuanto la vi a usted me acometió una tan especial tristeza que tenía toda la cara del amor. ¿Por qué? No lo sé. Luego, cuando usted se acercó a mí y me habló, y seguidamente bailamos, me lo expliqué todo: ¡es que la amaba! ¡Es que la amé desde el primer momento, como si usted, en una brusca cristalización, acabara de encarnar mi ideal amor!

Callé, emocionada. ¡Ah, sí! En aquellos momentos algo extraño, muy dulce, muy cautivador, penetraba en mi alma. El era un muchacho moreno, de dulce mirar, de voz persuasiva y acento sincero. ¡Era y lo es! Su mirada me acariciaba temerosamente, con miedo a perderme. Su aliento hacía titilar un haz de rebeldes cabellos que sobre mi rostro se agitaban temblorosos y dulces. Me hablaba en susurro, y sus manos, que hubieran podido posarse lascivamente en mí, sosegaban sobre la mesa, pulidas, elegantes, estremeciéndose a veces en movimientos que acompasaban las palabras. Aquella noche, Manola, conocí por vez primera lo que vale la caricia del hombre...

Y como la Manolito hiciera un gesto de desdén, Sarita exclamó con vehemencia:

—¡Oh! Tú no sabes, no, lo que es la caricia, el amor del hombre. ¡Si lo supieras!...

Lo dijo Sarita además con tal acento de serena convicción, que la Manolito se la quedó mirando

fijamente, como si dudase de si, después de todo, la equivocada no sería ella.

Murmuró al fin la andrógina:

—¡El amor del hombre!...

—Sí, Manola; no te burles. Yo, que también sé del amor de la mujer, puedo asegurártelo.

Intrigada, la Manolito quiso conocer detalles.

—Y... ¿cómo fué? Cuenta... Dime...

—Es una emoción diferente, más intensa, más verdad. Yo no sé cómo explicarte. En la penetración...

—¿Qué? Dime, dime...

—En la penetración hay un algo completo, absoluto, que no da esa caricia a flor de piel que entre dos mujeres... Llega el goce sin exasperación, en un desbordamiento de dulzura tal, que, al final, todo es consuelo y hartura, nunca sed.

La Manolito quedó pensativa. Sin saber qué contestar se encogió desdeñosamente de hombros; mas en el fondo de su ser la noble semilla que inconscientemente Sarita acababa de sembrar, comenzó su germinación.

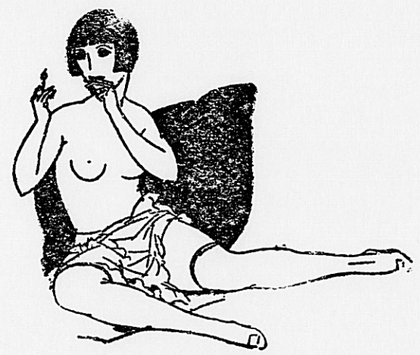
El auto llegaba ya frente a Fornos, de donde partiera. Se detuvo. Las dos muchachas se apearon.

Y cuando la Manolito hubo pagado al *chauffeur:*

—¿Quieres que cenemos juntas, Sarita?

En una sonrisa enigmática, la interpelada contestó:

—¡Oh! ¡Imposible! ¡Leandro me espera!...



Aquella noche la Manolito no pudo dormir tranquila. En su vida se había alzado un fantasma obsesionador al que siempre desdeñara sin profundizarle: el hombre. El ejemplo contundente de Sarita le había llegado al alma. La que hallara en el hombre fuente de amor, manantial de insuperables sensaciones; la deseada por la linda lesbiana con loca pasión, fué para la Manolito como un espejo donde mirarse: un espejo que llevó a su corazón la duda y a su espíritu la turbación.

A partir de entonces, la Manolito cejó en su inaudito desdén hacia el varón. Curiosa, esperaba.

Acabó por decirse:

—¿Y si yo me dejara "hacer" una vez siquiera?

La idea acabó por apoderarse de ella hasta el punto de anhelar la aventura; pero en los cafés y

en los *dancings* era la andrógina asaz conocida para que los hombres no intentaran conquistar a la que creían inconquistable.

La Manolito esperó un día y otro en la esperanza de que surgiera el elegido; el hombre menos hombre capaz de ser hombre, que era el único que, en sus concesiones al varón, podría tomar su cuerpo y redimir su alma de la aberración.

El hombre menos hombre capaz de ser hombre surgió al fin. La lesbiana le presintió en Pepito, el hijo de doña Amancia, su patrona.

Pepito era un muchacho imberbe, de unos quince años, que en su apenas esbozada pubertad comenzaba a asomarse a la vida de las sensaciones de una manera refleja, vaga, ingenua. Era rubio, de ojos azules y buenos, de tez delicada. La Manolito tenía de él esta opinión:

—Parece una chiquilla.

Y tal vez por eso, por parecerse a una chiquilla, fué por lo que la lesbiana le escogió para su experiencia, visto que los hombres que la rodeaban en su especial mundillo no se atrevían a cosechar a aquel fruto que de la noche a la mañana madurara para el amor.

Pepito, por su parte, sentía un vago y sordo cariño hacia la andrógina. El desgaire, la extravagancia deliciosa, la natural simpatía que emanaba del ambiguo tipito de la andrógina sugestionaban al muchacho.

En su despreocupación hacia todo pudor, la Manolito, más de una vez, mostrara involuntariamente un poquitín más allá de sus pantorrillas y hasta la dulce redondez de sus senos diminutos y lindísimos.

Cuando la Manolito, en la sobremesa, dejaba traslucir alguna de sus eróticas travesuras, el muchacho sufría, acometido de unos celos absurdos que le hacían desear, con el mundo maravilloso que a él se le antojaba el en que se movía la Manolito, a la misma muchacha, hecha exclusivamente suya, para su adoración y recreo.

La Manolito esperó a que se la presentara el momento propicio para conquistar al muchacho hasta la posesión, y un día, al fin...

La Manolito no solía abandonar el lecho hasta la hora de comer. A las nueve, la buena de doña Amancia la llevaba el desayuno a la cama y, seguidamente, la deliciosa andrógina volvía a entregarse al sueño hasta bien entrado el mediodía.

Quiso el azar que en la mañana en que ocurrió la siguiente escena, la Manolito se despertara por sí sola a la hora en que doña Amancia acostumbraba a servirla el desayuno. La muchacha sintió hambre desde el primer instante, y echando una rápida mirada a su relojito de pulsera, se exclamó, equivocándose:

—¡Las diez menos cuarto y doña Amancia sin traerme el desayuno! ¿Qué pasará?

Clamó:

—¡Doña Amancia! ¡Doña Amancia!

Y como pasaran unos segundos y nadie la contestase, volvió a insistir:

—¡Doña Amancia!

Esta vez su clamor encontró eco; la voz un tanto emocionada de Pepito clamó junto a la puerta:

—¿Qué, señorita Manola? ¿Llamaba usted?

—Sí. El desayuno. ¿No está tu mamá?

—No. Ha salido con la muchacha a la compra. No tardará en volver. Ya se van acercando las nueve.

—¿Cómo las nueve? ¡Pero si son ya cerca de las diez!

—No, señorita; se equivoca usted. Son las nueve menos diez precisamente.

La Manolito volvió a mirar el reloj. Tenía razón el muchacho; ella había confundido las manezuelas del reloj, simplemente. Y, de improviso, la Manolito bendijo a la bienhechora equivocación que le trajo de la mano a esta idea:

—Pasa, Pepito. Mira, haz el favor de abrir las maderas del balcón. Tu madre ahora no ha de ver que entras aquí...

Y rió la Manolito con una risa cascabelera que turbó profundamente al muchacho. Tras la puerta de la alcoba de la linda andrógina, sus manos temblaron, su rostro enrojeció, todo él se sintió lleno de un dulce espanto.

—Pero, ¿no pasas, Pepito?

El muchacho levantó el pestillo de la puerta y, azorado, penetró en la habitación en sombras. En la semioscuridad distinguió el blanco almohadón, el embozo de la sábana y, en el centro de la cama, el busto de la Manolito, erguido. Fué al balcón, presa de una extraña angustia, y, creyendo que la claridad de la mañana habría de ahuyentar su malestar, abrió ampliamente las maderas del balcón...

¡Oh! ¡Qué cuadro más lindo descubrieron los ojos asombrados del muchacho! La Manolito, sentada sobre la cama, con los senos fuera de la camisita de muselina azul, le sonreía de un modo...

—Chiquillo, tú nunca me has visto así, ¿verdad?

Pepito murmuró, turbadísimo:

—¡Oh! No...

—Y... ¿te gusto?

Pepito sonrió, sin contestar.

—Habla, hombre.

—Me ha gustado usted siempre, Manola.

—Mira: no me llames de usted, ¿sabes? Ahora no nos oye tu madre y, además, tú y yo hemos de ser muy amigos. ¿Querrás tú ser mi amiguito, Pepe?

—¡Oh!...

—Acércate. ¿Por qué miras tanto a mis senos? Te gustaría tenerlos entre tus manos, acariciarlos. ¿Verdad, picaroncillo? Anda, confiésalo.

—Sí—contestó decidido el muchacho—; me gustaría...

—Anda, no seas miedoso, dí, te gustaría... ¿qué?

—¡Me gustaría besarlos! ¡Son tan bonitos!...

—Acércate... ¡y bésalos! ¡Tuyos son!

El muchacho se aproximó a la Manolito y se apoderó de sus senos, besándolos luego amorosa y devotamente, entre exclamaciones:

—¡Qué pequeñitos son! ¡Qué pequeñitos!...

La Manolito sonreía, y recibía los inocentes ósculos sin barruntos carnales, deleitada con la escena, ingenuamente picaresca.

Preguntó:

—¿No has besado nunca a ninguna mujer, Pepito?

—¡Nunca!

—¿Y qué harías tú con una mujercita, así como yo, que se te entregara?

Ingenuo, sorprendido por lo inaudito de la pregunta, el muchacho contestó:

—¡Oh! No sé...

La Manolito rió, rió con toda su alma. ¡Aquello era muy divertido! Al reír, sus senos menuditos titilaban provocativamente, y las perlas de sus dientes se mostraban en una doble hilera, y sus labios gordezuelos y frescos se distendían como si fueran a romperse...

Pepito sintió un irreprimible impulso de echarse sobre la linda figulina, tan provocativa, tan dueña

de la situación, que parecía burlarse de su miedo a lo desconocido...

Piadosa, la Manolito tejió en un minuto la red en que había de ofrecerse prisionera al tímido galán:

—Mira, Pepito; mañana es domingo. ¿Quieres venir conmigo, por la tarde, al Forteen?

—¡Si no sé bailar, Manola!

—¿Y eso qué importa? Yo te enseñaré.

—¡Pues, sí! Iremos.

—Márchate ahora, no sea que llegue tu mamá y nos sorprenda.

—Es verdad.

Y como el muchacho se retirara prestamente, en huída:

—Ven aquí, tonto. Cuando dos personas se quieren tanto como nosotros nos queremos, ¿sabes tú lo que hacen?

Pepito se detuvo, indeciso; la Manolito, entonces, le abrió los brazos en una pasional invitación, mientras en su rostro de muchacho guapo lucía una sonrisa de picardía y sus labios balbucían:

—¡Se besan!

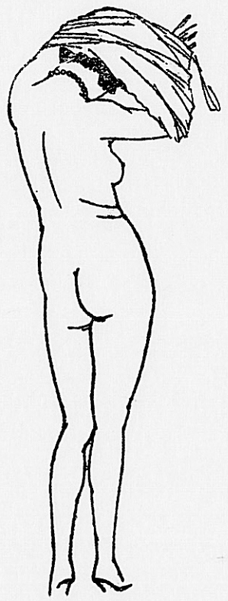
Pepito besó la boca fresca de la lesbiana, y sus senos chiquitines, y sollozó su incipiente deseo así:

—¡Manolita! ¡Manolita! ¡Cuánto te quiero! Y no es de hoy, no... ¡Eres una mujer!...

Y ella:

—¡Chiquillo! ¡Chiquillo mío! ¡Te voy a hacer más feliz! ¡Ya verás! ¡Ya verás!

El llavín de doña Amancia escarabajeaba ya en la cerradura de la puerta de la casa...



El *dancing* le deslumbró. Aquel lugar le parecía a Pepito el escenario de un cuento de hadas. Aquellas mujercitas semidesnudas que mostraban con tanto descoco sus brazos flacos o gordezuelos, sus axilas sin depilar, sus pantorrillas más bien raquíticas que carnosas, en un derroche de voluptuosidad y de impudicicia deslumbradores, llamaban poderosamente la atención del muchacho.

Y luego, junto a él, la Manolito, amorosa, más linda que nunca, moviéndose en aquel ambiente báquico con maravillosa desenvoltura, sonriendo a sus amistades y presentando a unos y a otros, en una deliciosa ironía que Pepito no llegaba a advertir, "a su prometido", al único "hombre" que había logrado conquistarla.

Cuando, en la danza, su cuerpo se unió con el

de la lesbiana, Pepito se sintió invadido de una extraña sensación que le hizo hundir sus piernas, torpes para el ritmo del baile, entre los muslos de la que con tanto cariño parecía amarle.

Y la Manolito se ceñía hasta la opresión contra su pareja, en una febril caricia de todo su cuerpo, ofrecido a la varonil penetración por vez primera.

Bailaba lentamente, adaptándose a la torpeza del muchacho, sin más afán que enardecerle con sus lascivas contorsiones, despertando su carne para el voluptuoso sacrificio a que aspiraba.

En un momento fugacísimo, las bocas de la andrógina y de Pepito se juntaron. En los labios del muchacho había fuego ya, ese fuego reconcentrado que se escapa de la encendida hoguera del deseo en que se abrasan todas las virginidades. Los ojos de la Manolito brillaron con intenso fulgor. ¡Era suyo! Aquella misma noche...

—¿Me quieres, chiquillo? ¿Me quieres?

Besó otra vez el muchacho la boca femenina, por toda respuesta, y se apretó contra el cuerpo vibrante de pasión de la que decidiera ser... como las demás mujeres.

Briosa, cual planta que se alza al beso del sol tras el aguacero, la virilidad del muchacho se irguió. La Manolito la sintió apoyada contra su vientre en un ímpetu estéril, en una imposible penetración que la llenó de extraña electricidad y que la hizo sentir por vez primera la alegría de la victoria de la hembra sobre el macho, al que su feminidad exalta.

—¡Siempre me has gustado, Manolita! ¡Siempre! ¡Siempre!—exclamaba el dichoso.

Susurró ella en promesa de maravilla, muy quedamente, estremecida sinceramente por la gloria que anunciaba:

—Esta noche... ¿Sabes?...

—¿Qué? ¿Qué?

—Esta noche te esperaré en mi cuarto. Cuando todos duerman...

Se interrumpió para que el alucinado adivinase; pero Pepito se la quedó mirando, sin comprender de una manera absoluta lo que las palabras de la andrógina querían significar.

—... tú vendrás, callandito, callandito, a reunirte conmigo. ¿Comprendes?

—¿Y?...

La interrogación era vacía, sin alma, sin que el muchacho quisiera expresar con ella ninguna idea, sino más bien deseando una aclaración. Pero la Manolito, sonriendo aquiescente, susurró:

—Sí...

Y en el vaivén con que su cuerpo, siguiendo el ritmo de la danza, culebreara junto al amado, hubo ya un anticipo del mecer lascivo con que la Manolito estaba decidida a acoger, en sin igual acontecimiento, ¡al hombre!

Callandito, muy callandito, como la andrógina le advirtiera, el muchacho se dirigió a la alcoba donde la Manolito ya le esperaba.

Se había descalzado para que en la casa dormida sus pasos no resonaran, y al llegar junto a la puerta de la alcoba de la Manolito, exclamó con casi imperceptible voz, sin atreverse a penetrar en la estancia:

—¡Manola!...

Del interior, la palabra animosa de la muchacha llegó hasta él:

—¡Chiquillo! Anda, pasa.

Pepe alzó el pestillo, disponiéndose a penetrar en el desconocido paraíso donde el placer le esperaba.

Dentro ya, fué hacia el lecho, sin palabras, todo emoción. Y, en la sombra, se sintió atraído hacia

la tibieza del busto desnudo de la Manolito. Aplastóse su rostro contra los senos diminutos, puntiagudos ya por el deseo. Los labios de la lesbiana, sobre la nuca del hombrecito aquél, besaron con frenesí...

—¡Nenito! ¡Nenito! ¡Voy a ser tuya! Anda, acuéstate.

El muchacho se desnudó, presuroso. Y ella, en el entretanto, decía:

—Quítate toda la ropa, como yo estoy. ¿Quieres verme? ¿Quieres que dé luz?

La Manolito hizo girar la llavecilla del conmutador, y en un felino movimiento arrolló al pie de la cama, con sus nerviosas piernas, la ropa que cubriera su cuerpo.

¡Era maravillosamente linda la muchacha! ¡Tan elegante de líneas, tan ambigua, tan chiquillo, tan de moda!...

Apenas si su sexo se velaba en oro rizoso y sutil; apenas si la curva de la cadera, si el vaso sagrado de la vida, delataba en ella a la mujer.

Blanca y rosa, tibia y perfumada. Y toda vida y promesa. ¡Y toda juventud, y fuego interior presto a convertirse en incendio!

Pepito la contemplaba con ojos embobados, tiernamente conmovido, sin pensar en más que en adorarla como a una bendita imagen, en un deslumbramiento de todo su ser, en una curiosidad plenamente satisfecha.



—Anda, acuéstate ya, loquito.

—¿No me dices nada? ¿No me besas? ¿No te gusto?

—¡Oh, sí!... Mira, Manola: yo no sé a qué compararte. Eres..., eres...

Y se echó sobre ella sollozando su admiración y su júbilo:

—Eres... ¡mía!

La besó en besos torpes de pasión y de entusiasmo. Con los ojos cerrados, la Manolito se dejaba besar, suspirante y esperanzada en encontrar en el hombrecito aquél la redención que se propusiera.

—Anda, acuéstate ya, loquito. Tengo frío así..

Saltó Pepito al lecho y la muchacha apagó la luz.

Los cuerpos rebulleron, buscándose, abrazándose. Se juntaron las bocas. Carne contra carne, fué el comienzo del enlace un furioso apretujarse en el que no había penetramiento.

—¿Me quieres, chiquillo?

—¡Manola de mi vida!

—Dame tu lengua. Así nuestros besos serán más intensos. Acaríciame en los senos también; en las puntitas, ¿sabes? ¡Rico mío! ¡Oh! Yo te enseñaré a amar. Verás.

Pepito unió su lengua con la de su amada y acarició sus senos hasta hacerla desfallecer; después sus manos se posaron sobre la pomposidad posterior de la mujercita y la oprimió febrilmente... Y como luego, en el erótico escarceo, el muchacho asaltara el florido nidal de amor, en un calofrío de deseo la Manolito suplicó:

—Ya, ya... Anda, rico mío...

Pepe tenía una vaga idea del acto genésico. Apenas despierta su curiosidad, encontrábase ahora, de repente, ante un mundo nuevo en el que le era preciso saber caminar.

Varonil, apto para hacer de aquella muchacha una mujer, Pepe puso en acción lo que ella, maestra en voluptuosidades, le dictaba.

—Ponte así.

El cuerpo de la que se le ofrecía se abrió y le acogió.

—Penetra.

La virilidad resbaló, sin lograr adentrarse.

—Insiste.

Pepe repitió la acometida, con idéntica mala fortuna.

Entonces la Manolito propuso:

—Mira, verás. Yo sobre ti.

Ella misma se hundió en la enhiesta enseña varonil. Un grito de dolor se escapó de su pecho al desgarramiento que en ella se produjo. Por su propia voluntad, mediante su personal impulso, la Manolito había dejado de ser doncella.

Siguió luego el voluptuoso agitarse.

—¡Qué bueno es! ¡Qué bueno es... esto! ¡Me muero, Manola mía! ¡Me muero!

Ella batallaba sin palabras, heroica, acallando el dolor que la escarabajeaba las entrañas, pertinaz en su conquista por la dicha que esperaba alcanzar del hombre, hasta entonces su enemigo.

Pero el placer no llegaba, como no llega en la mayoría de las vírgenes en la hora del sacrificio, a pesar de los novelistas embusteros.

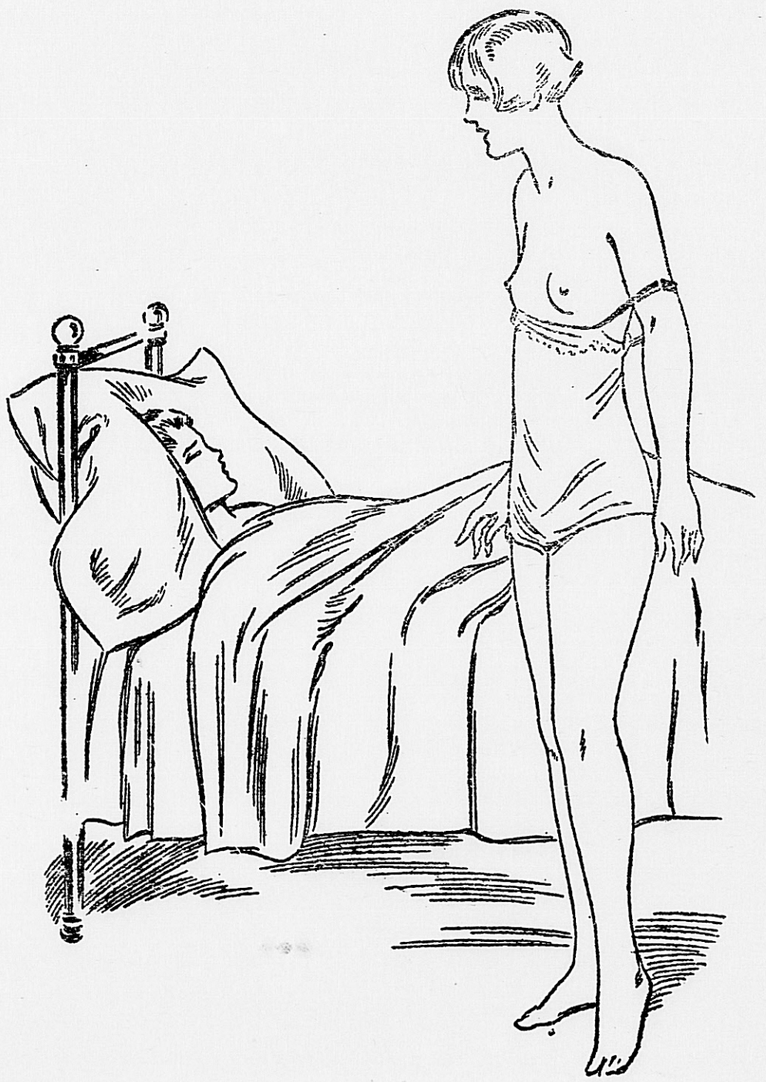
—Rico, rico, ¿por qué no sigues? Yo también quiero alcanzar la gloria que mi cuerpo te ha dado.

En aquel doble desposeerse de la virginidad, el único victorioso era el muchacho. Levemente dolorido a su vez, en cuanto la sensación voluptuosa pasara, Pepito anheló el reposo. En calma sus sentidos, moría su vigor...

—Sigue, bien mío; sigue...

Fué inútil ya el luchar. La Manolito quedó al fin inmóvil, deshecha, doloridos sus miembros, sintiendo sobre sus muslos, mezclada con la semilla humana, la tibieza de la sangre del sacrificio.

Quedó largo rato inmóvil, sin acariciar y sin ser acariciada, en una desilusión de todo su ser. Comenzaron a afluir a sus ojos las lágrimas de la desesperanza, mientras el muchacho, rendido, feliz, se dormía en un sueño infantil, sosegado y dulce.



—¡El hombre! ¡Ah, el hombre!...

La Manolito, cansada de aquel mutismo, llamó:

—¡Pepe, Pepe!...

Como él no la contestara, sobresaltada, la lesbiana dió luz.

Vió sangre en el lecho; unas cuantas gotitas tan sólo, frescas aún.

Se puso pálida, tembló...

Miró luego al hombrecito y, al darse cuenta de que dormía, se sintió herida en su amor propio y desilusionada. ¡El hombre! ¡Ah, el hombre!

Le despertó bruscamente.

—Anda, anda... ¡Vete! ¡Vete a tu cuarto!

Asombrado, Pepito abrió los ojos. Todo lo extrañó. ¿Por qué no se hallaba en su lecho de soltero? De pronto comprendió. ¡Ah, sí! Quiso besar, en agradecimiento, a la que le hiciera conocer la voluptuosa ventura; pero como si fuese una víbora la que se le acercase, la Manolito hurtó su cuerpo. Con ira en la voz, ordenó la lesbiana:

—Anda, vete, vete...

Sin comprender, lleno de una pena infantil, el muchacho abandonó el lecho donde fuera tan dichoso.

Presto a partir, suplicó aún:

—¿No quieres que te bese?

—No.

—¿Ni un beso?

—No. ¡Vete!

—Adiós, Manola.

De nuevo la sombra y el silencio en la alcoba de la andrógina. Un lloro de rabia luego, y estas palabras hiposas:

—¡Qué asco! ¡Qué asco! ¡Y me he entregado a un hombre... para esto! ¡Qué asco! ¡Qué asco!



LA NOVELA PASIONAL

OBRAS PUBLICADAS

1 *El laberinto,* por Alfonso Hernández Catá.
2 *El milagro galante,* por Emilio Carrère.
3 *Mi primer amor,* por Enrique Gómez Carrillo.
4 *Los Maranas,* por H. de Balzac.
5 *Carne de tragedia,* por Pedro Morante.
6 *Las impurezas de Pura,* por Severo Morales.
7 *Veraneo de placer,* por Gustavo Droz.
8 *El misterio del fetiche Kuanga,* por Luis Uriarte.
9 *Blancapiel,* por Pedro Morante.
10 *La romántica viciosa,* por Juan Caballero.
11 *La venturosa,* por Eva León.
12 *Una aventura ruidosa,* por Eduardo Pagés.
13 *La niña de ojos azules,* por Severo Morales.
14 *La bella enfermera de la Legión,* por Juan Caballero.
15 *Una sola sombra,* por Luis Antonio de Vega.
16 *La imprudente Clarita,* por Eva León.
17 *La bacanal,* por Alonso de Santillana.
18 *La última querida,* por Juan G. Olmedilla.
19 *¡Al fin, solos!,* por A. R. Bonnat.
20 *La enamorada del amor,* por Andrés Guilmain.
21 *Amor de apache,* por Pedro Morante.
22 *Finita, la perversa,* por Antonio G. del Real.
23 *La divina postura,* por Juan Caballero.
24 *Todo... menos eso,* por Eva León.
25 *Marión y Marita,* por Valentín de Pedro.
26 *Purpurina,* por Severo Morales.
27 *Un pueblo sin hombres,* por Nicolás de Salas.
28 *La querida del torero,* por Pedro Morante. (Extraordinaria: una peseta.)
29 *Un don Juan en Oriente,* por Oscar de Onix.
30 *El delantero centro de Pili,* por A. de Santillana.
31 *La virgen pintada de rojo,* por Ramón Gómez de la Serna.
32 *Gaby, la morfinómana,* por Andrés Guilmain.
33 *La insaciable,* por Luis León.
34 *Donde la otra,* por Antonio Gascón.
35 *El hombre que agotó el amor,* por Aurelio G. Carreras.
36 *El festín de las sáficas,* por Juan Caballero.
37 *La viciosa audaz,* por Eva León.
38 *El amante ideal,* por Miguel Dinarsán.
39 *La que al fin gozó,* por Antonio G. del Real.
40 *La enamorada de las mujeres,* por Severo Morales.
41 *La esclava del placer,* por Juan del Sarto.
42 *Las aberraciones de Margot,* por Alonso de Santillana.
43 *Una ligereza,* por Enrique Jardiel Poncela.
44 *Más allá del vicio,* por Pedro Morante.
45 *Un hombre y dos mujeres,* por Fernando de la Milla.
46 *Las perversidades de Clarita,* por Eva León.
47 *Una aventura de Zazá,* por Andrés Guilmain.
48 *La de los besos atroces,* por Juan Caballero.
49 *Pecar y vuelta a pecar,* por Darío Guijarro.
50 *Una caricia irresistible,* por Marta de A. P.
51 *La voluptuosidad descarriada,* por Severo Morales.
52 *Los demonios en el cuerpo,* por Luis Uriarte.
3 *La insaciable Margot,* por Alonso de Santillana.
54 *La yanqui gitana,* por Alonso de Carballo.
55 *La corruptora,* por Eva León.
56 *La niña que se untaba con azúcar,* por Renato Blay
57 *Tengo una primita hermana,* por Fernando de la Milla.
58 *La virgen a pesar suyo,* por Miguel Dinarsán.
59 *La Venus del Antifaz,* por Juan Caballero.
60 *La que agotó los placeres,* por Pedro Morante.
61 *Un nieto de Don Juan, o los chavales de corto* (extraordinario), por Alvaro Retana.
62 *Memorias de un hombre gastado,* por Lázaro Somoza Silva.
63 *Y cuando más gozaba...,* por Antonio G. del Real.
64 *La Manolito,* por Severo Morales.

(Están agotados los números del 5 al 13, 16 al 27 y 30.)